

Decencia e indecencia

“In medio virtus” es una reflexión que debemos a Aristóteles. En su *Ética a Nicómaco* niega que el objetivo de nuestras acciones sea el bien platónico como concepto abstracto, sino la felicidad, un concepto igualmente abstracto y también distinto en su resultado para cada persona. En esa búsqueda parte de que la fuerza impulsora, la virtud, del ser humano, que tiene una doble naturaleza “intelectual” y “moral” y concluye que **“la intelectual debe sobre todo al magisterio su nacimiento y desarrollo, y por eso ha menester de experiencia y de tiempo, en tanto que la virtud moral (ética) es fruto de la costumbre (éthos), de la cual ha tomado su nombre por una ligera inflexión del vocablo (éthos). (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, libro 2,1).**

Nuestras decisiones buscan el óptimo y, más aún, el óptimo de los óptimos. Como el óptimo racional y el animal no siempre coinciden: **“la virtud es, por tanto, un hábito selectivo, consistente en una posición intermedia para nosotros, determinada por la razón y tal como la determinaría el hombre prudente. Posición intermedia entre dos vicios, el uno por exceso y el otro por defecto. Y así, unos vicios pecan por defecto y otros por exceso de lo debido en las pasiones y en las acciones, mientras que la virtud encuentra y elige el término medio. Por lo cual, según su sustancia y la definición que expresa su esencia, la virtud es medio, pero desde el punto de vista de la perfección y del bien, es extremo. (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, libro 2, 6).** En el medio, posición que no hay que confundir con la mitad, se encuentra el óptimo donde se supone que reside la felicidad, que no la perfección del bien en sí platónico.

En su versión latina Horacio nos habla del **“aurea mediocritas”**, frase que debió traducirse por el **“dorado término medio”** pero que dio lugar a dos traducciones, la primera literal **“la mediocridad dorada”** y la segunda menos literal **“la medianía dorada”**. Esos dos substantivos que se supone que eran la correcta traducción en su momento, han evolucionado en su contenido y se ha desnaturalizado. Si la palabra **“medianía”** tiene un sentido despectivo, la palabra **“mediocre”** raya en el insulto.

Horacio con ella invita a la moderación: *Auream quisquis mediocritatem / diligit, tutus caret obsoleti / sordibus tecti, caret invidenda / sobrius aula.* **El que se contenta con su dorado término medio / no padece intranquilo las miserias de un techo que se desmorona, / y su vivienda modesta no le hace víctima de la envidia.** Y en esa misma línea, más brevemente decía Voltaire: **“lo perfecto es enemigo de lo bueno”** invitando frente a la viciosa búsqueda de la perfección el disfrute satisfecho con lo bueno, aunque no sea lo perfecto.

Si triunfan los “mediocres” en su sentido despreciativo no es por serlo, sino porque su número es muy superior al de los “buenos” y no digamos al de los “excelentes”. Ninguna selección es perfecta; nunca los mejores son seleccionados “inter pares”, aun suponiendo que estos fueran buenos seleccionando. El número de “no tan buenos” siempre será superior al de los “buenos”. Aceptar la realidad invita a mejorar el sistema de selección, siempre imperfecto, pero la presión del número vencerá todo criterio de selección, siempre, además, subjetivo.

A todo ello hay que sumar la decisión individual de los candidatos. Todos optimizamos nuestro esfuerzo, pero sobre todo nuestro tiempo, esa inasible realidad. Muchos buenos jueces, investigadores, cantantes, futbolistas, no llegan a serlo porque se marcan un tiempo, tres, cuatro diez años para conseguir un determinado objetivo. Si no lo logran deciden emplear sus conocimientos en otra actividad que no tiene por qué ser menos gratificante, aunque no fuera la “inicialmente deseada”.

En política pasa lo mismo, pero quizá tiene un hándicap adicional, la mala fama de que hay que ser algo “rastrero y vil” para llegar a poder alcanzar el poder, que es el objetivo medial de todo político para hacer lo que pretendía: mejorar la vida de sus conciudadanos, si era un político decente, “forrarse”, si era un político indecente.

Leí hace tiempo un breve análisis económico sobre si era rentable o no dedicarse al tráfico ilegal de droga. Analizando el sinnúmero de muertos antes de los 20 - 30 años la conclusión económica riesgo/beneficio era la de que no era rentable, pero el señuelo del triunfo del que lograba la cima era suficiente motivador para que gente decente decidiera convertirse en criminales. ¿Una decisión irracional? No más que la de jugar a la lotería, mutatis mutandis.

Este análisis nos lleva a preguntarnos: ¿quién está más dispuesto a invertir más años de su vida en conseguir su objetivo: el político decente o el indecente? Se supone que el primero debería estar más motivado; sin embargo, la emergencia de tanta corrupción dentro de los partidos invita a pensar que son los segundos los más motivados.

¿Es suya la culpa o la de los políticos decentes que desisten ante sus fracasos?

¿Y qué cabe decir de Vd., amable lector, que siendo como es decente quizá ni siquiera se ha planteado llenar la vida política de personas decentes como Vd.? Ciertamente que ello no nos priva del derecho a censurar a los políticos indecentes, pero, ¿no somos algo responsables de que ocupe el lugar que nosotros no quisimos ocupar ese individuo indecente?

¿Acaso no los hay igualmente indecentes en su empresa haciendo malas jugadas a los compañeros, siendo el pelota del jefe al que le cuentan todos los chismes y por eso, siendo más incompetente que Vd. asciende antes?

Nadie toma esto como una justificación del político indecente, pero ¿quién es el corruptor y quien el corrompido? ¿el político que corrompe o el corruptor del político?